

Asistía con constancia a la adoración, pasaba las tardes del primer día leyendo las Escrituras y otros libros provechosos y pronto fui convencido de que la verdadera religión consiste en una vida interna, en la que el corazón ama y reverencia a Dios el Creador y aprende a ejercitar justicia y bondad verdaderas no sólo hacia todos los hombres sino también hacia todas las criaturas irracionales. Al igual que la mente se mueve por un principio interno a amar a Dios, invisible e incomprensible ser, así también por el mismo principio se mueve a amarlo en todas sus manifestaciones en la creación visible. Y puesto que su aliento aviva la llama de la vida en todos los animales y criaturas sensibles, resulta una contradicción decir que amamos a Dios sin verlo, y al mismo tiempo infligir crueldades a la más pequeña criatura animada por su vida o por la vida que de él se deriva.

No sentía ninguna estrechez con respecto a secta u opinión alguna, sino que creía que en cualquier sociedad las personas sinceras y de recto corazón que aman a Dios en verdad, serán aceptadas de él.